

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 14 DE MARZO DE 1901

NÚM. 538



—Tanto me gusta el fumar,
que fumo de cualquier modo.

La collilla, sobre todo,
me gusta siempre apurar.

PASÓ LA CRISIS

MODO ha concluído ya. Se salvó el país.
Es decir, me salvé yo.

Porque han de saber ustedes que el país soy yo.

Las instituciones, los partidos, el gobierno, el pueblo, todo, todo absolutamente, está resumido en mi persona, ni más ni menos que hace la mayoría de los diez y seis millones y pico de españoles de nuestros días, que maldito el caso que hacen de la cosa pública, porque lo único que les importa es la cosa privada.

Decía que, para mí, yo lo soy todo, en lo cual nada puede encontrarse de pecaminoso, puesto que yo soy muy dueño de darme todos los poderes, conferirme todas las atribuciones y resolver, según me convengan, las crisis en que ponen las mujeres, los *ingleses* de por acá y los amigos de todas partes.

Y tengan ustedes presente que la crisis que acabo de pasar ha sido de las más laboriosas que he sufrido, y he sufrido muchas.

Tratábase de una mujer encantadora á quien conocí el verano pasado en Panticosa.

Había ido allí, según decían, buscando algún alivio á una afección á la laringe, y sin duda yo se lo hube de proporcionar, porque un día que paseábamos por aquellas agrestes soledades, me dijo:

—Su amor de usted,—porque todavía, aquel poder en ciernes, no tenía franqueza bastante para tutearme;—su amor de usted, repito, ha sido la panacea maravillosa que me ha curado. Si es cierto cuanto me ha dicho, si está dispuesto á hacer los sacrificios prometidos, soy de usted. Haga de mí lo que quiera, que yo le juro indemnizarle con creces, con el amor de mi alma, el bien que me ha proporcionado.

Al escucharla así, yo, el país, la fuerza, el todo social, como yo me considero, creí que el famoso paraíso del Profeta se abría ante mis ojos.

Angel, hurí, diosa, todo lo más puro, todo lo más grande me pareció aquella mujer.

El día siguiente salimos de Panticosa para hacer un deliciosísimo viaje de amor.

Dolores, que así se llamaba la que yo consideraba tesoro inapreciable, parecía tan unida á mí, como el marisco á la roca en que se ha criado.

Al cabo de dos meses regresamos á España.

—¿Dónde vamos á establecer nuestro nido?

—me preguntó aquella pájara... de cuenta, mirándome con sus negros ojos, que hacían nacer un mundo de deseos, y acariciándome con su aliento, que encendía ardiente hoguera de pasión.

—En mi casa de Barcelona, que será la tuya, porque hasta ahora he sido el dueño. Allí quiero instalarte, no como la mujer de mis sentidos, sino como la esposa de mi alma. Quiero llevarte de mi brazo, con la frente alta, y que tú puedas levantar con orgullo tu cabeza.

—¿A Barcelona vamos?—exclamó Dolores, como si no la satisficiera mi resolución.

—Sí, por cierto. Allí radica mi patrimonio, del cual tú vas á ser la dueña. ¿Te disgusta acaso?

—¡Oh! No. Pero quisiera...

—¿Qué? Habla.

—¡No, no! No me hagas caso.

Y ocultó su rostro sobre mi pecho con una adorable confusión.

Dolores me había dicho que era huérfana y sola, porque algunos parientes lejanos que tenía, residían en un pueblo de la provincia de Badajoz, cerca de la frontera portuguesa.

Nada, por lo tanto, podía oponerse á mi matrimonio, siendo yo también solo y dueño absoluto de mis acciones.

Estaba completamente fascinado. Aquella



—Tocando estoy la guitarra, porque es mi fuerte tocar. Si á usted le gusta mi toque, arrímese por acá.



—Gasas y flores
son nuestro encanto;
pero los hombres,
siempre tiranos,

rompen las gasas,
marchitando las flores
sólo al tocarlas.

La Saeta

mujer me enloquecía; me parecía que no la poseía por completo si no la unía á mí, por el lazo del matrimonio, dándole mi nombre.

Cuando mis amigos supieron que me casaba, tuvieron curiosidad por conocer la persona que había conseguido semejante milagro.

Todos sabían que había tenido infinitas amigas; que cambiaba de mujer como otros cambian de traje, y que me burlaba de los que, para poseer una mujer, han de pasar antes por escuchar la lectura de la epístola de San Pablo.

De aquí su sorpresa, de aquí su curiosidad por conocer á la que había realizado el prodigio de convertirme.

Pero yo guardaba mi tesoro como el avaro sus talegas.

—La conoceréis el día que la lleve al altar,—contestaba á todas las preguntas.

Dolores secundaba mi propósito. No salía de casa ni aun se asomaba á los balcones.

En breve espacio estuvieron practicadas todas las diligencias para el casamiento, porque sabido es que donde hay dinero todo se hace con gran rapidez.

¡Con qué ansiedad esperaba el día señalado para nuestra unión!

Felizmente, aquella crisis de deseos, de ansiedades, de satisfacciones, iba á terminar pronto.

Una noche, tres días antes de la boda, quise que me acompañara para ver el mobiliario que mandé hacer para nuestra alcoba matrimonial.

Por un capricho extraño, no quiso ponerse ninguno de los trajes que yo la había comprado, y se vistió con uno de los que constituían su guardarropa en Panticosa.

Cuando regresábamos á casa, al pasar por delante de la calle de la Unión, una mujer de cierta edad, de fisonomía ordinaria y atrevida, que salía de la citada calle, tropezó con nosotros.

Efecto del encontrón, lanzó una frase sobradamente enérgica para ser repetida aquí; nos miró, se fijó en mi compañera, y como una fiera se arrojó sobre ella, diciendo:

—¡Ah bribona! ¡Conque al fin he podido echarte la vista encima! ¡Ahora sí que no te escaparás! Después de no pagarme lo que me debías, te llevaste la ropa que te había comprado para hacer...

—Pero ¿qué está usted diciendo?—exclamé yo, algo repuesto de la primera impresión.—¿Sabe usted con quién habla? ¡Deje usted á esta señora!...

—¡Señora!... ¡Señora!—repuso la harpía con un acento que me hizo estremecer.—En mi casa de la calle de... la podía usted haber encontrado, hace cuatro meses, á cualquier hora. Se escapó de mi casa, la muy... tunanta, llevándose la ropa que tiene puesta. ¡Que diga si no es verdad!

Yo miré entonces á Dolores y comprendí que aquella mujer no mentía.

Con los ojos bajos, confundida, avergonzada, nada podía decir.

—Pues si es la Lola,—oí decir á unos que se habían detenido, atraídos por la escena.

No sé lo que pasó por mí.

Miré á una y otra: tuve impulsos de arrojarme, á mi vez, sobre las dos, para castigar á la una por haberme engañado y á la otra por haberme desengañado; pero me pude dominar, y lo que hice fué escurrirme bonitamente, antes de que entre los que allí se iban reuniendo no apareciese algún amigo mío y la rechifla fuese mucho peor.

Una vez en mi casa, y reflexionado lo ocurrido, no pude menos de exclamar, lanzando un suspiro de satisfacción:

—¡Gracias á Dios! ¡De buena me he librado! La crisis de amor ha pasado ya. Yo, el país, el poder, la fuerza, estoy en salvo. No volveré á dejarme engañar.

¿Cumpliré esta resolución? ¿No volveré á pasar por más crisis? Si acaso, ya se lo diré á ustedes.



Cigarro, rosa y mantilla
y una carita graciosa...

Diganme si hay en el mundo
tentación más seductora.

J. DE LA CUESTA.

LETANÍA MUJERIL

CUANDO vemos que otras se casan y nos-
otras permanecemos solteras.

Kyrie eleison. (Señor, ten piedad de nos-
otras.)

Cuando aquéllas pueden lucir cada día en
el paseo un traje, mientras nosotras no po-
demos.

Christe eleison. (Jesucristo, ten piedad de
nosotras.)

* * *

Venga pronto un marido por piedad.

Christe audi nos. (Jesucristo, escúchanos.)

San Matrimonio

Ora pro nobis. (Ruega por nosotras)

Santa coquetería

Ora pro nobis.

Santa conveniencia

Ora pro nobis.

San novio rico

Ora pro nobis.

San marido manso

Ora pro nobis.

San galanteo continuo

Ora pro nobis.

San capricho satisfecho

Ora pro nobis.

* * *

Santos y santas que no sufren,

Orate pro nobis.

Galanes con ganas de casarse,

Orate pro nobis.

Papás amables y mamás ciegas,

Orate pro nobis.

Trajes, joyas y trenes,

Orate pro nobis.

De la soltería * * *

Liberanos dominé.

De los que quieren pasar el tiempo

Liberanos dominé.

Del trabajo

Liberanos dominé.

De los tontos

Liberanos dominé.

De ir con palma al ataúd

Liberanos dominé.

* * *

Que venga un pollo que quiera casarse.

Te rogamos audi nos.

Que encontremos un marido aunque sea
tonto.

Te rogamos audi nos.

Que tengan mucha paciencia nuestros mari-
dos; que nos digan constantemente que somos
hermosas; que vivamos felices aunque enga-
ñadas.

Te rogamos audi nos.

Que no nos sorprenda la muerte sin haber
encontrado un desventurado que cargue con
nosotras.

Te rogamos audi nos.

Nuestros deseos son muy justos y nuestras
quejas muy fundadas.

Exaudi nos domine. (Oyenos, Señor.)

Mira que languidecemos y nos marchitamos
en la soltería.

Miserere nobis. (Ten misericordia de nos-
otras.)

* * *

El matrimonio, la riqueza, el incienso y las
diversiones.

Amen.

EN UN ALBUM

Encerrada en su concha está la perla
y escondida la virtud está en el alma;
el mundo á la primera rinde culto
y en la segunda apenas si repara.

—
Para ostentar su espléndida hermosura
deja la perla su concha nacarada;

para guardarse pura la segunda
no debe hacer alarde de sus galas.

—
Los encantos de tu rostro son la perla
que el mundo mira y extasiado ensalza;
mas la virtud que guardas en tu pecho,
vale aun más que el encanto de tu cara.

R. DEL C.



Abatida, desgredada,
maldiciendo su fortuna,

exclamaba Rosa Luna:
—¡Mala ha sido la jornada!

RUBIA DE OJOS NEGROS

I

¡Ya no está de flores
su jardín cubierto!
¡Todo está de luto!
¡Todo está en silencio!
Ya no dan claveles
ni dan pensamientos
los que fueron antes
adornados tiestos.

Ya no paseamos
bajo los almendros
que eran el encanto
del frondoso huerto.

¡Ya murió la reina
de mis pensamientos,
la preciosa rubia
de los ojos negros!

II

Las felices horas
llenas de misterios

¡qué pronto pasaron!...
¡qué lejos se fueron!

Todo entonces era
para mí, risueño;
ella me ofrecía
su cariño tierno,
y era verla siempre
mi constante anhelo,
porque era mi vida
y era mi contento
¡la preciosa rubia
de los ojos negros!

III

¡Ya no son los días,
para mí, serenos!
El peso terrible
de mis pensamientos
mi espíritu abate
y rinde mi cuerpo,
porque yo no vivo,
porque yo no duermo,

pues llevo en el alma
hace mucho tiempo
un mundo de penas
que me causa miedo;
¡qué triste es la vida
sin tener alientos!

Yo ansío la muerte,
pues vivir no quiero
desde que me faltan
para mi consuelo
aquellas promesas
de cariño eterno,
aquellas sonrisas
que olvidar no puedo,
aquellas ardientes
miradas de fuego,
aquellos sentidos
cariñosos besos
que me daba siempre
bajo los almendros
¡la preciosa rubia
de los ojos negros!

V. BENEDICTO.

¿POR QUÉ ME MIRAS?

LETRILLA

I

Te quiero y me desprecias;
pero tu vista
he notado que siempre
busca la mía.
Dime: si no me quieres,
¿por qué me miras?

II

Sé que hablas con el chico
de más arriba,
y te soy franco, Rosa:
le tengo envidia.
Dime: si no me quieres,
¿por qué me miras?

III

¿Por qué abres tu ventana
de mañanita,
y diriges tus ojos
hacia la mía?
Dime: si no me quieres,
¿por qué me miras?

IV

Al fin he comprendido
por qué me miras.
Es que al ver al muchacho
de más arriba,
van hacia mí tus ojos
porque eres bisca.

ANTONIO MARTÍN-GAMERO.



Les agrada, no lo dudo,
lo extraño de mi vestido.

Pues esté usted persuadido
que más les gusta el desnudo.



—Que tengo grande la boca
y grandes los ojos tengo...

También hay algo chiquito
en este gracioso cuerpo.

Esto no puede prolongarse más. Hoy la escribo, pero hoy mismo, en este momento.

II

«Conchita de mi alma,—escribió con visible emoción.—Hoy es tu cumpleaños. Hoy precisamente hace un año que la suerte, pródiga siempre en rigor para conmigo, me apartó de tu lado. Durante este tiempo, yo no sé qué locura especial me ha tenido embotada la inteligencia. La misma angustia de no verte... La soledad... ¡No sé! ¡No sé! Lo cierto es que desde que te anuncié mi llegada á Madrid me has escrito tres veces; me has rogado mil que te contestara, y yo he permanecido en el mutismo más ofensivo, en el más bárbaro silencio, en la estupidez, en la imbecilidad. .

»Esta mañana, por extraña coincidencia, vino á mis manos una hoja desprendida del calendario. Al fijarme en aquella fecha y en aquel santo, no sé qué claridades celestiales alumbraron un segundo mi nublada mente. Fué el tiempo preciso para que á ella se agolparan miles de recuerdos benditos. Fué la suficiente claridad para que distinguiera todos mis errores.

»¡Pobre Conchita! ¡Cuánto habrás sufrido al ver descompuesta nuestra recíproca idolatría de ayer, por este triste interregno de la ausencia!

»Pero todo pasó. Me ha bastado un segundo de lucidez para arrepentirme de la maldita locura de un año.

»¡Conchita divina! Yo soy el mismo que muchísimas veces juró amarte eternamente. El que, embebecido al mirar tus célicos encantos, se sentía transportado á la gloria en tu sonrisa de ángel...

»Soy yo, que, al despertar de un sueño de la ausencia, busco en tus labios la dulzura de nuestros días de amor.

RECONCILIACION

I

Esto no puede prolongarse más,—exclamo Víctor, dejando de súbito su reflexiva actitud.—¿Qué delito ha cometido ese pobre ángel, para que yo, ¡ingrato!, pague el cariño inmenso que me profesa, con esta glacial indiferencia, con este silencio injustificado?

Ella piensa en mí; me quiere; me quiere mucho... muchísimo... no me cabe duda. Esta es su última carta. En este párrafo de rasgos inciertos y de faltas ortográficas, está indiscutiblemente demostrado lo grande de su amor; lo profundo de su angustia.

«¡Víctor mío! Tal vez sean éstas las últimas noticias que recibas de quien tanto te ama. Si te empeñas en desoir mis pobres súplicas, veré si unida á Dios, encuentro en la vida del convento la dicha que tú me niegas en el mundo... Ya ves si te adoraré, que, sin querer hacerlo, profano el santo nombre de Dios, posponiéndole al tuyo.»

—¡Qué infame soy! Ahora me da vergüenza pensar con qué frialdad leí estos párrafos tan llenos de fuego, de nobleza, de amor, de poesía...

¡Pobre Conchita!... ¡Ser monja!... ¡Dejar este mundo que tantos triunfos y tantas horas de placer tiene reservado para ella! ¡Y todo por mí!... ¡Pobrecilla!

¡Y todo por mí!... ¡Pobrecilla!

»¿Me amas aún? Contéstame en seguida.

»Tuyo, sólo tuyo hasta la muerte, *Victor.*»

—Pasado mañana,—dijo, plegando cuidadosamente la carta,—seré otra vez el hombre más dichoso del mundo... Y ella dichosa también... ¡Pobre Conchita!

III

—Pues señor, hace tres días que estoy esperando con impaciencia, y su carta no llega.

¿Habrá recibido la mía? A pesar de lo mucho que me quiere, ¿estará haciendo tiempo para sujetarse á la hipócrita etiqueta?...

Arrellanado perezosamente en una butaca del salón, mirando con vaguedad los concéntricos anillos de humo que despedía un cigarro que tenía entre los dedos, estaba Víctor haciéndose estas preguntas, cuando la fámula entró en la habitación con una carta en la mano.

—Venga ese papel,—exclamó Víctor, arrebatando con ansiedad á la criada la esperada misiva.

Es su letra, la reconozco: es la misma en que he leído más veces súplicas de amor de una mujer.

Veamos lo que dice.

Y rompiendo el sobre con mano temblorosa, sacó de él la siguiente lacónica epístola:

«Mi querido amigo Víctor: Celebro infinito que haya usted salido de ese *sueño de la ausencia*, del que si se descuida un poco, le saca el resonar de las trompetas anunciadoras del fin del mundo.

»Hace diez meses que me casé y desde hace quince días tiene usted un nuevo servidor, hijo mío.

»Supongo el *disgusto* que tendrá por no haber podido ser padre de él... Pero todo se puede arreglar.

»Sea usted su padrino.

»Suya afectísima,

»*Concepción.*»

No sé si Víctor aceptaría el ofrecimiento.

A. HERNÁNDEZ Y CID.

MARINERAS

Marinera de mi nave,
chiquilla, debieras ser:
sin miedo á los elementos
por el mar fuera á correr.

Ante el mar me descubrí
y lloré con amargura;
que, al ver el mar, sólo vi
una inmensa sepultura.

Dos estrellas me iluminan
por la tierra y por el mar:
allí, tu cara divina;
y aquí, la estrella polar.

¡Quién pudiera de tu nave
la caña del timón ser,
que ser guiado por ti
fuera mi mayor placer!

JOSÉ MARÍ REQUENA.



—Que mi cabeza es bonita
me lo están diciendo siempre.

Por eso hay muchas cabezas
que se empinan para verme.

Economía doméstica

LORENZO Cañizares, es lo que se llama un hombre honrado y un marido complaciente.

Pensando siempre en los demás, apenas si le queda tiempo para pensar en sí mismo.

En cambio, su esposa Florentina, ocupándose de sí misma, no tiene tiempo para pensar en los demás, y especialmente en su marido.

Se las echa de hacendosa, y económica para con Lorenzo y sus hijos, pero no para sí.

A lo mejor, se queja el pobre Lorenzo de que lleva rotos los calcetines ó descosido el forro de la americana, y siempre su cara mitad le contesta con su linda sonrisa:

—Hijo mío, lo siento mucho; pero ya ves que no podemos comprar calcetines cada quince días. Es menester que tengamos paciencia. Todavía no se ha concluido de pagar el abrigo que me hice el invierno pasado.

—¡Pero, mujer, si hace dos años que no me has comprado calcetines! ¡Siempre llenos de curcusos, has conseguido que se me formen callos donde nunca los había tenido!

—Peor fuera que, por no haberme comprado el abrigo el invierno pasado, tan frío como fué, hubiese cogido una pulmonía y me hubiera muerto. ¿Qué habrías hecho entonces con tres hijos y sin tu mujercita?

Lorenzo se calla, porque no sabe qué contestar, y procura cambiar de pie los calcetines, para evitar que los agujeros le molesten tanto.

Hace unos días, me contaba el pobre hombre la escena que había tenido lugar en su casa pocas horas antes.

Sentóse á la mesa para comer, y apenas hubo tomado unas cucharadas de sopa, la dejó en el plato, diciendo:

—¡Jesús! ¡Florentina, este caldo parece agua!

—Te lo parecerá á ti, querido. Yo lo encuentro muy bueno.

—¿Por qué no comes la sopa, si tan bueno lo encuentras?

—Es que no tengo gana.

Llegó el cocido, y Lorenzo ya no se pudo contener.

—¡Vaya!—exclamó.—¿Qué demonio de comida me estás dando hace tres ó cuatro días? ¡Los



Un lunar tengo en el hombro
y otro tengo en la mejilla.

Este, le contemplan todos;
pero el otro... el que yo elija.



—¡En cuanto que yo le encuentre...! ¡Ofrecerme que entraría
¡Jesús, y qué escandalera!... y quedárame en la puerta!

—Para eso,—contestó Florentina con acento más amable,—estoy criando. Si no me alimento bien, tendrás que buscar un ama para tu hijo y cargar con todas las consecuencias. Un hombre puede mantenerse con... con cualquier cosa. Ya comprenderás que todo esto lo hago por tu bien.

—¡Ya, ya! ¡Por mi bien!...—dijo Lorenzo con indefinible acento, masticando con gran dificultad una piltrafa de carne.—¡Ya comprendo que me quieres mucho!...

Pocos días después, iba nuestro matrimonio por el paseo. Florentina había estrenado el vestido, pagado á costa de los garbanzos y la carne de su marido.

—¡Repara, Lorenzo, repara!—dijo de pronto la esposa.—¡Mira la mujer de tu jefe Ortega cómo se vuelve para ver mi vestido!... ¡De fijo que va rabiando de envidia!

—¡Sí, sí! —contestó Lorenzo de mal talante.—¡Si supiera lo que me cuesta!...

—¡Calla, tonto! Como el estómago no tiene cristales, difícil es que lo sepa. El caso es que vamos muy elegantes. Con un poco de economía se pueden hacer esos milagros. ¿No te parece?

— ¡Sí, mujer, sí!—repuso el pobre esposo.—¡Ya sé que eres muy económica; pero no aprietes tanto la cuerda y vayas economizando de tal modo, que me dejes morir de hambre!...

LUIS GARCÍA.

garbanzos son balines, la carne es una piltrafa que no hay quién la coma! ¡Has suprimido el principio, y no parece sino que te has propuesto matarme de hambre!

Florentina, con la más graciosa de sus sonrisas, le contestó:

—Te diré, esposo mío. Como me he comprado un vestido y la modista se ha empeñado en hacerlo, no he querido aumentar tu presupuesto con un gasto extraordinario, y economizando de la comida lo iré compensando.

El esposo hizo una mueca sobradamente expresiva, diciendo:

—¡Ya! ¿De modo que tu vestido lo ha de pagar mi estómago?

Florentina creyó conveniente tomar un aspecto semiofendido, y repuso:

—¡Me parece que yo también me he impuesto privaciones! ¡He suprimido el bollo que tomaba todas las mañanas con el vaso de leche!

—¡Pero conservas el cuarto de gallina en el puchero, que tú sola te lo comes, y el chocolate con un cuartillo de leche por la tarde!

MERCEDES

¿UE dónde la conocí, me preguntan ustedes?

En Valencia, en una de las barracas de la huerta.

Entonces era Mercedes una chiquilla que iba medio desnuda, despeinada, corriendo á orilla de las acequias ó encaramándose á lo alto de un árbol, sin atender las exhortaciones de su madre ni las amenazas de su padre.

Cuando yo iba á la barraca del *Sinto*, como le llamaban sus convecinos, siempre tenía algo que decirme respecto á los atrevimientos y desobediencias de la chiquilla.

Y siempre era yo quien la libraba de cumplir parte de la penitencia que le habían impuesto.

Desde que Mercedes oía rodar la tartana por el camino que conducía á la barraca de sus padres, sus grandes ojos negros se fijaban en la puerta, esperando mi aparición, que para ella significaba el término del tormento que sufría.

Acurrucada en un rincón de la sala, cruzados los brazos sobre el medio desnudo pecho, rodeada la linda carita por el enmarañado bosque de sus rubios cabellos, nada me decían sus labios, pero su mirada tenía una elocuencia cuya verdadera fuerza yo comprendía.

Así fué creciendo Mercedes.

Contaba doce años, cuando los accidentes de mi agitada existencia me obligaron á salir de Valencia.

—¿Cuándo volverá usted, señor?
—me preguntaba *Sinto*, el día que fui á despedirme.

—Lo ignoro,—le contesté.—Hoja entregada á los torbellinos del viento, difícil es adivinar si éste volverá á dejarla en el mismo sitio que la recogió. No sé dónde voy ni dónde descansaré; pero donde quiera que los azares de la suerte me conduzcan, no olvidaré mis buenos amigos de la huerta valenciana.

Sinto me estrechó la mano en silencio; su mujer me regaló algo para el viaje, y Mercedes se aproximó presentándome la frente para que la diese un beso, como acostumbraba.

La transformación de la chiquilla en la mujer comenzaba á verificarse en ella.

La crisálida hacía presentir la mariposa. El capullo dejaba ya adivinar todos los encantos de la flor.

—No sé cuándo volveré á verte, Mercedes,—la dije.—Pronto llegarás á la edad crítica de la mujer. Entonces más que nunca es preciso que escuches las advertencias de tu madre y los consejos de tu padre. Las desobediencias de la mujer tienen consecuencias más fatales que las de las criaturas. Sé buena hija y serás honrada mujer.

No me contestó. Pero advertí que todo su ser se estremeció al contacto de mis labios sobre su frente, y que una lágrima tembló entre sus largas pestañas.

Pasaron diez años. Al cabo de ellos, fatigado peregrino, torné á Valencia con el propósito de descansar, porque, tanto de espíritu como de cuerpo, me sentía horriblemente fatigado.



En mi larga carrera por el mundo, los espinos de los diversos senderos que crucé, fueron desgarrando de tal manera mis ropas, que penetraron en mi carne, y pedazos de ella fueron quedándose enganchados, como sangriento trofeo de mis encarnizadas luchas.

—¿Y Sinto?—pregunté á algún amigo que conocía al huertano.

—Murió hace tres años, cuatro meses después que su mujer,—me contestó.

—¿Y su hija?

—Vive; y tal vez ella no haya sido muy ajena á la muerte de sus padres.

—¿No se ha casado?

—Ni se casará. Sigue en la barraca; pero valiera más que la hubiera dejado.

Estas palabras fueron poderoso aguijón para que quisiera conocer la verdad entera.

El día siguiente, fui á la huerta.

Pocos me conocían ya en ella.

¡Son tantas las transformaciones que se verifican en diez años!

Sin saber por qué, yo que por nada me asombraba, que nada creí que me pudiera conmover, conforme me acercaba á la barraca, sentía palpitar con extraño aceleramiento mi corazón.

Por fin llegué á la pequeña plazoleta que se extendía ante la barraca de Sinto.

Sentada en un rústico banco de madera había una mujer.

Era Mercedes.

Al verme, lanzó un grito y fijó en mí sus negros ojos.

¡Qué hermosa estaba!

Sin embargo, en su belleza se advertía algo de triste, de sombrío, de desesperado, que hacía daño.

Parecía como ese último rayo de sol que se esfuerza por romper las negras nubes que pretenden velarle, y que, por efecto

del mismo esfuerzo que hace, embellece sus contornos y deja ver en su transparencia irisadas tintas.

—¿Qué tienes, Mercedes?—la pregunté.—¿Me conoces?

—Si no le he olvidado nunca, ¿no he de conocerle?—me contestó.

—Pues si no me has olvidado, ¿cómo pudiste cometer esas locuras que han costado la vida á tus padres y han hecho que se alejen de ti cuantos siempre te habían querido? ¡Lloras! proseguí, viendo que una lágrima temblaba un instante entre sus párpados y descendía lentamente por sus mejillas.

—¡Lloro, sí, señor!—me contestó.—Es la postrera lágrima que había reservado en el fondo de mi pecho para derramarla el día en que le volviese á ver. Es la única que me quedaba de mi pureza de niña. Me pregunta usted cómo pude cometer tanta locura, y no debe ofenderse porque le diga que el primer culpable de ellas fué usted.



La Saeta

—¡Yo!—exclamé entre sorprendido é irritado.

—Sí, señor. Usted me habló, cuando niña, un lenguaje que yo no escuchaba sino en sus labios. Más tarde, cuando estaba á punto de traspasar los umbrales de la juventud, volvió usted á decirme algo distinto de lo que todos me decían. Entonces se alejó usted de mí; pero el eco de su voz resonaba sin cesar en mi oído. Nadie me hablaba así. Todos, hasta mis pobres padres, elogiaban mi belleza; cuando más necesidad tenía de un brazo que me sostuviera, me faltó ese brazo. ¡Cuántas veces, en mis horas de lucha, invoqué el recuerdo de usted para vencer! Valiera más que jamás me dijera una palabra. Hubiera deseado una carta, un recuerdo más vivo de usted, y no lo tuve. Pasaron los años; juzgué que no se acordaba ya de la pobre chiquilla desgredada y sucia á quien tantas veces librara del castigo á que se hizo acreedora, y como los señoritos de la ciudad, para entretener sus ocios, buscan las flores del campo, y no escasean ni las engañosas palabras ni las seductoras promesas, entre irritada por el olvido de usted y la ansiedad por entrar en ese mundo del amor, tan desconocido para mí, tropecé, caí, y cuando pretendí levantarme, ya era tarde; la vergüenza, la ira, el dolor de mis padres no tuvieron la frase que perdona, sino la reconvencción que anonada. ¡Cuánto volví á recordarle entonces! ¡Tampoco le encontré á mi lado! Volví á caer, más por despecho que por cariño ó por liviandad. Murieron mis padres. Quise ahogar el remordimiento que sentía por su muerte entre los goces de la ciudad. No lo pude conseguir. Entonces volví á la huerta; nadie acudió á mi lado. En mi barraca solitaria empecé á vivir con mis recuerdos solamente; es decir, con el de usted; y conforme iban pasando los días, más seguridad adquirí de que le vería, una hora quizás, un solo momento, el tiempo necesario para decirle



—Y á mí ¿qué? Nada me importa. Tal como soy me presento. El que quiera, ya lo sabe, y no ha de tener recelo.

que, aun cuando tarde, había comprendido que el único amor que pudiera haberme hecho feliz y honrada, era el que usted hizo nacer en mí desde la niñez. No le pude disfrutar y he sido... lo que usted sabe ya. Ahora ya estoy contenta. Mañana comprenderá usted todo el valor de esta mi postrera confesión.

Y sin esperar que la contestase, Mercedes entró en su barraca y cerró la puerta.

El siguiente día, cuando fui á la huerta, estaba cerrada la puerta de la barraca.

Mercedes había sido encontrada aquella mañana ahogada en una de las acequias.

ANTONIO B.

¡UN RECUERDO!

Recuerdo, niña, que un día desprecié yo tu cariño; mas era entonces muy niño para entender la razón.

Perdona, que si la suerte te privó de mi ternura, conservo tu imagen pura grabada en mi corazón.

LUIS BLÁZQUEZ.



—Si lo que tapa el mantón
corresponde...

—¡Mucho más!

No me miren por detrás.

—Aprovecha la ocasión.

UNA APUESTA

JÚRAME que me perdonarás y te lo digo. ¿Que sí? Pero... ¿que lo quieres saber?... ¿que cómo fué y dónde? Verás: fué una apuesta. Perdona mi proceder.

Estábamos matando el ocio una tarde varios amigos en la puerta del café, y pasaste tú. Sin querer tal vez, dirigiste tu vista hacia nosotros; uno de ellos te dijo una de esas tonterías que se improvisan al pasar por junto á una mujer bonita, y tú hiciste un mohín de desprecio y desagrado. De ahí nace todo; de aquel desprecio parte la historia de nuestro cariño. Hubo uno de aquellos que, al observar tu gesto, te trató de orgullosa, otro de necia, otro de tonta, y así fuiste de boca en boca por la de todos ellos. Me llegó á mí la vez, y no quise ser menos: echándomelas de Tenorio, aposté que en el corto plazo de ocho días había de obrar en mi poder una contestación favorable á un falso cariño que yo te declarara, poniendo entre tu resolución y mi súplica un banquete en fonda, pagado por mí en caso negativo y por ellos si era lo contrario.

Perdónamelo todo, sí, perdóname, que yo soy el más culpable. Tú has querido que sea franco, y lo soy Nunca lo hubieras sabido; pero... ¿Que siga? Pues bien: te escribí hablándote de un amor franco, de un cariño sin límites; en fin, una declaración rutinaria. Hice, como sabes, por espacio de quince días el oso junto á tu reja; soporté miles de inclemencias; sobre mí cayeron fuertes aguaceros, insolaciones; de todo, de todo hubo en aquellos días. Parecía que los elementos se desencadenaban contra mí para castigar el falso papel que estaba representando; pero yo sufría todo aquello, no por el mezquino interés de unas cuantas pesetas, sino por dejar ante aquellos desocupados bien puesta mi palabra de conquistador.

Así pasaron quince días; al cabo de ellos me contestaste. Cogí tu carta, y, sin saber por qué, temblaba mi mano. Un remordimiento atroz roía mi conciencia. Hubiera dado mi vida entera por encontrar en aquel papel el desprecio mayor del mundo. La abrí, y mi vista tropezó con una línea mal trazada, pero clara, en la que decías que aceptabas mi cariño, pues no te había sido indiferente.

No sé decirte lo que sentí. Mi dignidad de hombre se revolvía contra mí, acusando mi inicuo proceder, y mi corazón, haciendo traición á mi pensamiento, al tropezar con la inocencia de tus diez y seis años, te juró un amor tan grande que jamás se borrará de él. Guardé tu carta; hice otra, imitando tu letra, en la cual me rechazabas, y me fui á la fonda, donde pagué el banquete á todos aquellos necios, que, entre los brindis y taponazos del champagne, se reían de mi fracasada declaración.

¿Que ahora estás segura de mi cariño? Sí: no lo dudes que te quiero; te adoro con toda mi alma.

D. NOVATO.

DOLORA

ÚLTIMAS ABJURACIONES

¡Voy á morir! Hijo del alma mía,
éste el centón de mis quimeras es;
leed, leed, y de la gloria impía
de tanto error abjuraré después:

— «Cuna de rosas al nacer hallamos.»
— ¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.
— «Rosas la vida al comenzar hallamos.»
— ¡Falso! Los pies por entre abrojos van.

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias,
que el fin amargan de mis horas, ved.
¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed:

— «Su vida, el hombre, de ilusiones puebla.»
— ¡Ay! Necio error á la ilusión llamad.
— «Huye la edad de la razón cual niebla.»
— ¡Horror! Pasad, horas sin fin, pasad.

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa
pasa en engaños la primer mitad;
á otra mitad en desengaños pasa.
¡Nunca olvidéis esta cruel verdad!

— «¡Triste es huir del mundo la presencia!»
— ¡Mundo! Os doy ledo mi postrer adiós.
— «Perece el bienestar con la existencia.»
— ¡Muerte! Del hombre el bienestar sois vos.

R. DE CAMPOAMOR.



—Rizada falda y cabello,
toda soy un puro rizo.

Pero todavía guardo...
vamos, algún otro hechizo.

UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

Subían con bastante ligereza por un montecillo sembrado de árboles, cuando un relámpago iluminó el sombrío horizonte con una claridad deslumbradora.

—No es nada,—dijo Collinet á su amigo;—esas nubes cobrizas que flotan en el espacio no tardarán en desaparecer; marchemos adelante.

Sin embargo, gruesas gotas de agua descendían de las nubes, resonando entre el follaje. El trueno retumbaba sordamente en lontananza, repetido por el eco de las vecinas montañas; pero brilló por un momento el sol poniente, y el temor desapareció con él. Caminaban con ligera planta sobre la suave arena, sin pensar en nada, ó, por mejor decir, pensando en voz alta. Gozaban de su libertad como hombres que no siempre la tienen, subiendo y bajando senderos, tan bonitos y tan sembrados de árboles, que iban como chiquillos deteniéndose aquí y allá para coger unas cuantas hebras de yerbas olorosas ó una florecilla, que arrojaban después para coger otras nuevas que se ofrecían á su paso.

Y sucedió lo que lógicamente debía suceder, después de tantas detenciones y de tantos cambios de dirección: que ni ellos mismos sabían dónde se encontraban.

Daniel trató de orientarse. Estaban entonces bajo una gran calle de álamos blancos, que el viento sacudía con violencia. En lontananza y al pie de la cuesta, se distinguía el Sarthe, que se deslizaba apaciblemente, y la carretera arenosa y amarillenta que habían dejado. Pero ¿habían

tomado el buen camino? He aquí lo que ignoraban. Cuando Daniel se volvió, se encontró que á pocos pasos de él estaba Collinet, parado, como un recluta ante su jefe, y sin atreverse á pestañear, á causa de un enorme perro que le había echado las manos encima para detenerlo. Por lo tanto, cogió dos guijarros y se fué hacia el músico, que lo miraba con ansiedad. Los perros no se equivocan nunca; así es que al movimiento que hizo Daniel para bajarse, el animal abandonó su presa y se alejó rápidamente, con gran contento de Collinet.

—El pastor no debe estar lejos,—dijo Daniel,—y me alegraría asegurarme si hemos tomado el camino de la quinta: busquémosle.

—Pues apresurémonos,—repuso el músico.—La noche se nos viene encima.

La calle de álamos que recorrían estaba cortada por un claro; distinguieron en él un rebaño de ovejas y de carneros diseminados aquí y allá en aquella pradera, y un perro que iba de un lado á otro reuniendo el ganado poco á poco, mientras el pastor dormía apaciblemente bajo unas encinas, con otros dos lebreles echados á sus pies, tan inmóviles como atentos.



—¡Tan joven como soy y estoy viuda!
¿No hay alguno, entre tantos que me miran,
que á llevar esta cruz me preste ayuda?

—Parecen los morrillos de una chimenea,—dijo Daniel.—Sólo que tienen la cabeza torcida.

—No te adelantes más,—repuso Collinet, agarrándose del brazo de su amigo para detenerlo; —te lo suplico, porque esos dos perros nos miran de una manera poco agradable. Espérate un poco, que yo lo despertaré. ¡Eh, Juan Pedro!—gritó el músico con toda la fuerza de sus pulmones.

—No es Juan Pedro,—repuso Daniel después de un momento.

—No, no; espérate,—replicó Collinet.

Entonces, recogiéndose sobre sí mismo y poniéndose las manos en la boca en forma de trompeta, aulló un ¡eh, Juan Luis!, tan vigoroso, que el pastor se sentó instantáneamente.

—¡Ah! Ahora sí que es Juan Luis, de seguro,—dijo el músico, satisfecho.

Entretanto, los perros miraban á su amo, impacientes por saber cómo habían de tratar á los dos viajeros.

—Ve allá abajo y tráelos, *Capitán*,—mandóle el pastor á uno de los dos lebreles, que salió como una saeta hacia el rebaño.—Quédate aquí, *Dulzaina*,—le dijo al otro, y el perro se tendió dócilmente á sus pies.

—¿Es éste el camino que conduce á la quinta de X?—le preguntó Daniel, echándole una pieza de veinte sueldos.

—Sí, señor: ése es el camino. Continúad por el sendero que va por la arboleda hasta la encrucijada, y cuando lleguéis á ella, tomad á la derecha y seguid adelante hasta que encontréis un camino empedrado que os conducirá á la Fresnaye, y desde la posada del pueblo, veréis la quinta.

—Amigo, y ¿cuánto tiempo echaremos en el camino?—le gritó el músico, que acababa de cubrirse con su gabán.

—¿Creéis que tengo la garganta de hierro para gritar de esa manera? Seguid sin cuidado, que os queda una hora larga de camino,—repuso el pastor, acostándose de nuevo.

—¡Una hora larga de camino!—repitió Collinet suspirando;—pues no distingo el más pequeño carruaje en el horizonte.

—¡Lo encontraremos en la encrucijada, perezoso de los diablos! Alarga el paso y cállate.

El rugido del trueno se aproximaba, retumbando en las nubes, y parecía pronto á estallar, y nuestros caminantes no distinguían el camino más que al resplandor de los relámpagos, que lo iluminaban de tiempo en tiempo.

—¡Si esto continúa,—dijo alegremente Daniel,—quisiera convertirme en barbol

Y fumaba enérgicamente su cigarro, alargando el paso, mientras el músico le seguía, casi jadeando, sin decir nada, con la capucha de su albornoz echada á la cara. Daniel detuvo á Collinet, porque creyó escuchar en lontananza el reloj de un campanario cercano, que desde su altura dejaba oír entre la niebla sus tristes y pausadas campanadas.

M. ASSARDON.

(Continuará.)



—Lo dicho: que me revienta estar perpendicular. Yo prefiero, en cualquier baile, la postura horizontal.

Miscelánea

A NUESTROS LECTORES

Consecuente LA SAETA en su propósito de presentar mejor que ofrecer, desde el próximo número podrán apreciarse las mejoras introducidas en el semanario.

Que da talento á las bestias
el amor, hay quién defiende.
¡Claro! Les da el que les quita
á los hombres que lo tienen.

M. DEL PALACIO.

DIVIÉNDOS SE EVITAN SIEMPRE y se curan seguramente por método abortivo, en cuanto se notan, oprimiéndolos y friccionándose después con Agua de Colonia de Orive, la más higiénica y más barata del mundo.

Preguntas inocentes:

- Mamá: ¿qué es un esposo?
- Hija mía, tan rara va siendo la especie, que en el día constituye un efecto de espejismo.
- ¡Ay! ¿Qué es eso?
- Que cuanto más cerca se le cree tener, es cuando está más lejos.

Con un hueso de burro,
Sansón, un día.
puso en fuga la hueste
que Amón tenía.
¡Pobres guerreros
si encuentra el mozo á mano
burros enteros!

M. DEL PALACIO.

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Correspondencia

V. B.—*Madrid.*—Muy bonita poesía, y ya la tiene insertada. No se recibieron las anteriores.

N. M. G.—*Barcelona.*—La poesía que nos ha remitido usted, aun cuando su pensamiento es muy simpático y nos agrada, la forma no se encuentra á la misma altura que el fondo.

SI TODAS LAS ENFERMEDADES se pudieran evitar como las de la boca, se eternizaría la humanidad. El *Licor del Polo* es á la dentadura lo que la vacuna á la viruela. Luego el que sufre de la boca es un abandonado, un sucio.

G. S.—*Sestao.*—El soneto consta de catorce versos endecasílabos, y debe encerrar siempre un pensamiento digno y elevado. Usted nos ha remitido catorce renglones que quieren ser octosílabos, sin que entre ellos exista otra relación que la que se desprende de los cuatro últimos, que dicen:

•Que el alma de una mujer
es como aquel cuadrúpedo
que teniendo buenos dientes
por fin le falta el pienso. •

¿No piensa usted, amigo mío, que usted merece algo más que el alma de una mujer, lo que dice en su último renglón?

R. H.—*Hellin.*—Puede enviar alguna otra poesía, pues creemos que puede hacer algo más que la recibida últimamente. «Día de lluvia» tiene dos estrofas que van bien; pero las dos últimas dejan mucho que desear.

ABURRIDO EL MÉDICO de recetar todos los *antirreumáticos*, usa el *Bálsamo de Orive*, y entonces triunfa, se acredita y es bendecido. Farmacias. 2 ptas. frasco.

R. T. y E.—*Zamora.*—Mucho nos han agradado sus versos, y ya se están imprimiendo.

A. L.—*Oviedo.*—Recibidas sus charadas y se publicarán oportunamente.

J. R. P.—*Almería.*—Malos, muy malos aquellos «Cantares». Si no sabe usted cantar mejor, abandone ese género.

D. M.—*Cartagena.*—Haremos lo posible por complacerle.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charada

Vocal y dos consonantes
prima, segunda y tercera
 te ofrecen, lector amigo.
 De un malogrado poeta
 da el apellido mi *tres*
 unida con la *primera*;
 y la *sexta* con la *cuarta*
 entusiasmado leyeras,
 si de Quintana y Gallego
 sus ricas obras aprecias.
Quinta y sexta le has cruzado
 cuando tranquilo se encuentra;
 mas ¡ay de ti si en tu paso
 aumenta sus iras fieras!
 Nombre de un rey, te lo forman
 la *cuarta* con *quinta y sexta*,
 que en las antiguas historias
 aprendistes en la escuela;
 en la escuela do supiste
 el valor de aquellas letras
 que, cual te dije, te ofrecen
 mis tres sílabas primeras,
 también allí está mi *todo*,
 y sin él es cosa cierta
 que ni supieras qué digo
 ni la *charada* supieras.

Rompecabezas

E A I
 A N S R F

- Formar con estas ocho letras:
- Cuatro nombres de mujer.
- Un animal anfibio.
- Un río caudaloso.
- Tres notas musicales.
- Una cualidad recomendable en una señorita.
- Expresión de alegría.
- Un verbo.
- Denominación de un espacio de tiempo.
- Una planta medicinal.
- Una tela.
- Lo que abunda más en el llano que en la sierra.
- Lo que se encuentra en los altares.
- Otro verbo.
- Una negación.
- Lo más temible, tratándose de la vida.
- Una fruta.
- Lo que no quiere ser ninguna mujer.
- Una virtud.
- Un color usado por los pintores.
- Lo que muchos desean.

Salto del caballo

a	el	es	en	les	as	bien	ta
y	to	El	es	tam	can	ti	el
con	mor	llo,	de	tro	ce	dor,	del
be	pli	jun	bién	nun	Ha	Es	al,
las	as	lo	cum	to.	la	cio	mo
do	dén	de	ri	ce	el	mor	es
del	glo	más	sun	zo	tre	pre	con
el	tra	E	dor.	Su	tal	que	cha al

Soluciones á lo insertado en el núm. 537

CHARADAS. —I, Patata.—II, Relamido.
 LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Leoncia.
 ENIGMA.—Reja.

FUGA DE VOCALES:

Mírame tú cara á cara;
 mirame, que te lo digo:
 que mis miradas dirán
 que en mí no cabe el olvido.

ELENA.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia

al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 »
 Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
 Número corriente, 20 céntimos.
 Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.





20 cénts.

Núm. 539

UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

—¡Las ocho!—dijo el músico con espanto.—Pero, dame el brazo, Daniel; ¿no ves que sin tu ayuda no puedo saltar los innumerables arroyos que cruzan el camino? La lluvia arrecia,—añadió, renegando.—¿Qué va á ser de nosotros?

—¡Eres todo un parisién! Ahora echas de menos el *boulevard* de Gante y sus tiendas resplandecientes; pero calma tus temores, porque henos aquí en la encrucijada del Gran-Serval, y me parece que oigo á mi viejo Dragón. ¿Sois vos, Gay?—gritó Daniel.

—Sí, señor; hace ya una hora que estoy esperando en esta encrucijada, y en mi vida he visto caer más agua, y hasta creo que he tragado alguna sin pensar, por haber cerrado los ojos un momento.

—Eso es peligroso,—replicó Daniel.

—Muy peligroso,—repuso el guarda;—y si me gustara el agua, creo que quedaría harto para toda mi vida.

Collinet se había instalado en el carruaje, y Daniel, subido sobre la rueda, trataba de echar los hules, cuando dijo el conductor:

—No es necesario, caballero Daniel; de lo contrario vamos á ahogarnos los tres ahí dentro.

—Pues yo creo, por el contrario, que es de primera necesidad,—repuso Collinet con lamentable acento, hundiéndose en un rincón.—Hay dos pulgadas de agua en el coche y llueve á cántaros.

—Cuando se os oye hablar en vuestros salones,—replicó el antiguo dragón, cogiendo las riendas de su caballo,—no hay cazadores de venados más determinados que ustedes.

—¡Eh, dragón! ¿Qué hacéis con ese caballo?—le dijo Daniel con impaciencia.—Montaos y marchemos.

—Calma, calma, señorito: ya veréis cómo *Blond-Blond* anda bien.

Efectivamente: el caballo arrancó á un trote largo que hacía honor á la cuadra que ocupaba.

No tardaron en llegar á la posada del *Sol de Oro*. El viento y la lluvia no cesaban; el agua caía á cántaros en los tejados de aquel grande y sombrío edificio, y la muestra parecía gemir y llorar dolorosamente dando mil vueltas en su gancho de hierro. El conductor llamó con el puño del látigo; la puerta de la posada se abrió en seguida, y una gran claridad salió de ella. Dos mozos de cuadra, con sus zuecos y sus gorros de algodón, se apoderaron del caballo para entrarlo, y altas y bellas jóvenes, cubiertas con sus cofias normandas adornadas de encajes, se colocaron en el dintel de la puerta con tanta curiosidad de ver á los viajeros como deseosas de ser vistas por ellos.

Los dos amigos entraron en una sala inmensa que servía, á la vez, de cocina y comedor. Allí estaban sentados á la mesa mercaderes, carreteros y labradores, bebiendo de lo bueno y comiendo mejor. Encima de las hornillas de hierro había un ejército de cacerolas, y en la pared estaban colgados en hileras cuartos de cerdo y de venado, una infinidad de aves, y, por último, delante de la chimenea, que era un horno verdaderamente, había una multitud de trozos de buey, de ternera, pavos y ánades que se doraban al fuego.

Daniel y Collinet atravesaron por aquella baraúnda y se instalaron delante de la chimenea.

Dos horas después la tormenta se había calmado; los dos amigos habían enjugado sus ropas al calor de la chimenea; la noche se presentaba apacible y tranquila, y de nuevo emprendieron el camino hacia la posesión donde debían pernoctar.

La noche era deliciosa; el aire puro, agradable; la luna aparecía en el espacio entre las nubes que disipaban sus tenues rayos; su dulce claridad se extendía por los prados. De tiempo en tiempo una estrella brillaba en el azul del firmamento, y, levantándose, el vientecillo fresco de la noche, agitaba los plateados follajes de los gigantescos manzanos llenos de fruto que costeaban el camino. Los insectos vagaban entre la yerba, y los buhos, con sus ardientes pupilas y su pesado vuelo, revoloteaban en la sombra buscando los pájaros que dormían en sus nidos.